

HISTORIA DE AOS II

LAS ARENAS DE SHONEN



ADRIÁN TRUJILLO MARRERO
PRÓLOGO + CAPÍTULO I

PRÓLOGO

Antiguamente Eg'd Ireon era una de las tierras más fértiles de todo Aos, conocida por sus vastas extensiones de árboles, prados, por sus llanuras y valles exuberantes, por la desorbitante maravilla de su verdor... En ellos vivían hombres y mujeres de una extrema belleza, de piel oscura como el carbón y ojos más blancos que la luna en una noche despejada.

No obstante, convivían con ellos cientos de seres, animales de tierra y de aire, esos que no podías ver en ningún otro rincón del mundo... Pero de entre todos ellos destacaban, debido a su increíble tamaño y poder, los keshians, seres tan colosales como los nogardos, de casi las mismas características, con sus gigantescas alas levantando vendavales con cada batida y su larga cola escamosa que les daba en vuelo el equilibrio para no zozobrar. Sin embargo, ya los keshians no existían, igual que los nogardos y los untrust.

Un día, hombres y keshians entraron en conflicto con el fin de someter las tierras bajo su dominio: los hombres porque aseguraban que era de ellos, querían explotarlas y hacer con ellas lo que quisieran, aprovechar sus recursos y exprimir las al máximo. Vanidosos, como siempre. Los keshians, en cambio, alegaban que ellos existían mucho antes de que los hombres llegaran, y que les pertenecía por derecho, por gracia del Dios Polvoriento. Orgullosos, como todas las bestias.

Aquel conflicto, en un principio dialógico, acabó convirtiéndose en una guerra, un conflicto bélico solo comparado a la Gran Guerra entre snoraks y hombres en Eg'd Eron, o a los increíbles conflictos con los untrusts de la Edad de las Aguas en Eg'd Aeron, o incluso los problemas de belicismo entre las regiones de Eg'd Oreon a lo largo de la Edad de las Piedras Blancas, tan cruentos como cabría esperar de aquellos a los que la palabra les ha fallado.

Y un día apareció alguien que puso fin a la lucha, erradicándolo todo a su paso, devastando vidas indiscriminadamente en ambos bandos, sepultando, y con ello, comenzó la Edad Inicial, donde las tierras fértiles desaparecieron, el verdor se quebró y la belleza se marchitó.

Y el Gran Desierto de Shonen apareció.

El daño ocasionado fue inabarcable. La forma de vida en Eg'd Ireon cambió radicalmente para aquellos que vivieron en su momento de gloria y sobrevivieron a la catástrofe. Hubo que adaptarse, replantearse todo lo que hasta entonces concebían como lo normal. Hubo que plegar mentalidades. No fue fácil, pero los habitantes lo lograron.

A lo largo de los otoños se erigieron grandes ciudades y se establecieron nuevos tipos de comercio, dando por iniciada, posteriormente, la Edad de los Esclavos.

Ahora los conflictos han cesado, Eg'd Ireon está en calma —a excepción de las batallas contra los salvajes de Egereg—, y la Edad Próspera hace honor a su nombre.

Pero todo el mundo tiene clara una cosa: la paz es ese lapso de tiempo que había entre los problemas, un limbo que existía para recuperar energías antes de volver a desatar el caos.

La paz nunca duraba para siempre.

LA COMANDANTE DE LA GUARDIA

Amira I

La gente hablaba muy rápido, muy alto y muchas veces sin detenerse a pensar si lo que querían decir era exactamente lo que decían. El ritmo en las calles era idéntico al de las lenguas, aunque quizá un poco más frenético. Hombres y mujeres cruzaban de un lado a otro las amplias avenidas adoquinadas, entraban y salían de sus hogares de piedra blanca, de tiendas de arenisca dura y de tabernas con carteles de escasa madera, que pendían de ganchos de acero sobre las puertas.

Las altas murallas, construidas poco tiempo después del surgimiento de Ciudad Origen —o más comúnmente conocida como Datoi Roh Dah, durante la Edad de los Esclavos— daban un abrigo importante, pues protegían a sus habitantes de ataques inesperados o resguardándola del polvo del desierto, tan constante y poderoso como siempre lo había sido. Las tormentas de arenas eran inmisericordes con cualquiera.

Así era Ciudad Bastión, Astaen Roh Dah, una urbe conocida por su abundante comercio por mar, por sus altas murallas al igual que las de sus ciudades hermanas, Ciudad Fortaleza y Ciudad Almenas —o por sus nombres oficiales, Taforsa Roh Dah y Noite Roh Dah—, situadas en las costas más importantes de Nerieg, edificadas así para proteger y vigilar las aguas, siempre infestadas de arahaks, y las primeras tierras que mojaba la espuma del Thu Runal, haciendo frontera con el más que conocido Thu Maun.

Haciendo su guardia como cada día, Amira, la única comandante de la Guardia de Astaen Roh Dah, avanzaba con una mirada seria en el rostro por lo alto de la muralla, como si no le gustara lo que veía o si tuviera un mal día. No observaba nada en particular y el día lucía como cualquier otro. Cada vez que se cruzaba con alguno de sus subordinados estos la saludaban cordialmente y ella devolvía el saludo con una sonrisa, aunque ese en concreto las pocas sonrisas que le salían no lo hacían de otra forma que no fueran huecas. Realmente ese día era extraño. Lo sentía en los huesos, que, aunque jóvenes, ya se sentían viejos.

En algunas ocasiones, cuando había hecho varias rondas y observaba que todo estaba en orden, se posicionaba en lo alto de la atalaya norte y contemplaba el extenso mar de dunas. El desierto le gustaba. Era su tierra, su forma de vivir, y seguramente, su forma de morir. Pero no le importaba morir, solo proteger a su gente, a sus amigos, a los conocidos y a los que no lo eran. Después de todo ese era su trabajo. Sin embargo, no pensaba demasiado en ello, solo disfrutaba con la arena blanca y los destellos que arrancaba de ella el sol inclemente: era algo que siempre le había gustado hacer.

Al cabo de un rato saltó de la atalaya y volvió a dar una última vuelta completa por toda la muralla, saludó a quienes acababan de empezar el turno y dio descanso a quienes lo acabaron, todo ello dando a cada individuo un suave golpecito en el centro del pecho. Bajó por unas escaleras estrechas y se cruzó con su segundo al mando, Wilhas, con su indumentaria correcta y sus intenciones sinceras, motivo por el que lo había nombrado su segundo al mando además de por sus intachables habilidades para el liderazgo.

—Me retiro, Wilhas —dijo Amira dándole el mismo toque que al resto de sus subordinados, una señal de confianza en Eg'd Ireon—. Lo dejo en tus manos.

—¡Sí, comandante! —asintió con firmeza, devolviéndole el toque.

—Y te he dicho que dejes las formalidades. —No le gustaban las formalidades. Ya había tenido demasiadas durante toda su vida, y aún le quedaban más de las que desearía. Estaba cansada—. Un día de estos te cuelgo por los pulgares de la atalaya sur.

—Está bien, está bien...

—Siempre dices lo mismo.

—Tú también, Amira —respondió Wilhas socarronamente.

—Hasta que un día cumpla. Ya verás —Le dio otro toque en el pecho—. Buena guardia.

Wilhas se despidió y ascendió por la angosta escalera. Amira asintió y descendió por la misma hasta la Avenida Circular, una ancha calle que rodeaba por su perímetro interno toda la muralla de Astaen Roh Dah. Era un nombre absurdo para la calle, ya que Astaen Roh Dah tenía las murallas cuadradas y no delimitando un círculo perfecto, pero nadie ponía objeciones a un nombre más antiguo que ellos mismos.

En la Avenida Circular había algunos, siempre de familias más adineradas, arrastrando a sus esclavos, todos de piel blanca, por una cadena que llevaban enganchada a un collar grueso firmemente sujeto. Pocos eran los nobles que no poseían a algún desdichado, pero quienes los tenían poseían más de uno para hacerles todo el trabajo sucio. Eso tampoco le había gustado nunca, pero era la ley, la forma de vida, y había que cumplirla para bienestar de la sociedad.

Se detuvo de golpe cuando un grupo de hombres y mujeres que sentían admiración por la Guardia la pararon en seco y alabaron su labor para con la ciudad. No se podía decir que eso no le pasara con frecuencia, pero ya era la quinta vez que le sucedía en el día y normalmente eso solo pasaba una vez al día, o cada dos. Pero la misma preocupación se palpaba en las calles.

—Comandante Amira, ¿ha oído lo de Eg'd Eron? ¡Una Segunda Gran Guerra para sus tierras! ¡Y de nuevo entre snoraks y humanos! —dijo un hombre rechoncho de nariz ganchuda.

—Sí, yo he escuchado lo mismo —confirmó otra mujer de anchas dimensiones—. Y que ahora habrá mucha gente que vendrá a Eg'd Ireon en busca de tierras menos conflictivas. ¡Aquí con sus problemas!

La gente seguía hablando y murmurando sin orden ni concierto, cada vez más preocupados, hasta que Amira pidió silencio con una mano abierta para poder hacerse escuchar.

—Sí, es cierto que hubo una Gran Guerra recientemente en Eg'd Eron, hace... medio otoño más o menos, pero no os preocupéis: si vienen masivamente no podrán cruzar estas murallas, no mientras exista la Guardia de Astaen Roh Dah.

Sus palabras fueron seguidas de un efusivo aplauso que duró poco, la gente se dispersó con rapidez y la comandante prosiguió con su camino.

Amira se preguntó cuándo volverían a asaltarla para exigirle un puñado de palabras tranquilizadoras. Un hombre alto, con la piel más negra que había visto en su vida —y tenía mérito viviendo donde vivía—, le puso una mano en el hombro.

—Abrah, Heran y Jolan Sepherd requieren su presencia, comandante de la Guardia —informó—. No es urgente, pero tampoco desean que se lo tome con calma. Le recomiendo que vaya de inmediato.

—¿Ahora te tienen de recadero, Pekons? —preguntó Amira con mordacidad. Pekons se había convertido en un buen amigo de Amira en los últimos otoños, cuando ascendió de rango y pasó de la Guardia de los Sepherd a Consejero de la Familia. Debía comportarse con rectitud con la Familia Sepherd, y Amira no era una excepción. Pero ese trato tan formal incomodaba a Amira, Pekons lo sabía desde siempre y rara vez hacía algo por evitarlo.

—¡Cállate y ve a ver a tu padre! —gritó Pekons en una de esas excepciones, haciendo un gesto extraño, como si tratase de ocultar vergüenza—. Te está esperando.

Amira rio a carcajadas y cogió una de las arterias que conectaban la Avenida Circular con el mismo centro de Ciudad Bastión, donde se alzaba el palacio de los Sepherd, el lugar desde el que se dirigía, controlaba y administraba toda la economía, las leyes y las gentes de Astaen Roh Dah. La familia noble más poderosa se asentaba allí, y su máximo dirigente desde la Edad de los Esclavos había sido siempre la Familia Sepherd, actualmente con Heran y Jolan, los dos tíos de Amira, y Abrah Sepherd, su padre y el mayor de los hermanos, ostentando el poder.

El palacio de los Sepherd era maravilloso, con una arquitectura sobresaliente y con la única desventaja notable de que había que subir trescientos diecisiete peldaños para llegar a la puerta principal. Se mirara como se mirase, era una auténtica molestia. A Amira ya no le cansaba subir escalones pues poseía muy buena resistencia física. Lo que le cansaba de verdad era tener que subirlos siempre que la hicieran llamar: malgastaba demasiado tiempo.

Pisó el último peldaño y suspiró de aburrimiento. Desde lo alto se podía ver casi toda Astaen Roh Dah en derredor. No era tan alto como las murallas, pero era más céntrico. Siempre le había gustado aquella fantástica vista, aunque nunca se lo hubiera admitido a nadie... O a casi nadie.

Subió una ligera rampa y cruzó el umbral del portón principal después de que dos Guardias de los Sepherd descruzaran sus lanzas y le sonrieran con ese cariño que se les tiene a aquellas personas a las que proteges desde antes de nacer. Amira les devolvió la sonrisa, hueca una vez más, aunque no con intención, y le dio a cada uno un toquecito en el pecho, hinchado de orgullo.

El interior era sobrio. Las columnas que sujetaban la bóveda de cristal ascendían desde el suelo como si retorciera las espinas de un pescado y desembocaban en arcos de bordes afilados de los que pendían otros arcos menores, otorgándole un ambiente muy orgánico a un lugar que desde el exterior nada lo parecía. No poseía adornos superfluos. Nada faltaba, y nada sobraba.

En ese momento solo Heran y Abrah, su padre, estaban allí. Jolan se encontraba ausente desde hacía dos días por problemas de salud, y el curandero le había recomendado descanso. Dos esclavas que habían acabado por desarrollar simpatía por la Familia Sepherd servían sendas bebidas en copas. Según vieron a Amira entrar se marcharon sin hacer ruido, no sin antes preguntarle si quería algún refrigerio. Amira lo rechazó amablemente y estas se disculparon con una profunda reverencia que le revolvió el estómago.

—¿Qué sucede? —preguntó Amira sin irse por las ramas. No tenía ganas de estar allí.

—¿Sabes que ha habido una guerra en las Tierras del Norte, en Eg'd Eron? —preguntó Heran como si el rumor no estuviera desde hacía ciclos en boca de todos—. Los hombres se sublevaron contra los snoraks bajo el nombre de sus Dioses del Camino, o de uno de esos Dioses, qué sé yo. Y vencieron. Y lo más curioso es que al snorak Kral Clabk, el hijo de Krolos, le fue dada muerte por un joven que decía no luchar por ningún Dios. Justo lo contrario que el resto de los hombres que buscaban la guerra. Extraño...

—Está bien, Heran —interrumpió su hermano—. No te hemos hecho venir para contarte rumores de otras tierras, hija.

—Bien. Entonces, ¿qué sucede?

—Nada que deba preocuparnos de forma inmediata, eso seguro. Vivimos tiempos felices y de paz. —Hizo una pausa y miró a su hermano—. Pero lo que decía tu tío es real. Al menos la parte de la guerra. Supongo que ya habrás oído que la gente teme algunas cosas, como la inminente llegada de hombres, mujeres y niños desde Eg'd Eron, ¿no? Puede que incluso snoraks... El éxodo es una posibilidad que hay que barajar y tratar con cuidado. Quiero escuchar tu opinión al respecto.

—Sí, soy consciente de todo —respondió Amira con voz pausada—. En mi opinión, no debemos preocuparnos demasiado por eso.

—¿Por qué? —Heran parecía escéptico.

—Astaen Roh Dah es una de las ciudades más distantes de Eg'd Eron. Estamos en la otra punta de Eg'd Aos —explicó, enumerando con los dedos sus argumentos—. Eg'd Eron es conocida como las Tierras del Norte, un lugar demasiado frío y pasado por agua. La gente está acostumbrada a ese clima y a esa forma de vida. No muchos se atreverán a dejar Eg'd Eron, muy pocos escogerán Eg'd Ireon con sus temperaturas extremas y casi ninguno viajará medio mundo para llegar hasta aquí. Antes escogerían otros lugares como Eg'd Oreon o incluso las islas de Eg'd Aeron. Astaen Roh Dah es casi una opción inviable, más aún si tenemos en cuenta que casi todo Eg'd Ireon, a excepción de Egereg, es una tierra de esclavos blancos. Sería venir a ponerse grilletes. No creo que la gente de las Tierras del Norte sea tan tonta. Y si lo fuera, antes llegarían a Ciudad Fortaleza y a Ciudad Almenas, en ese orden.

—Como era de esperarse de mi hija —concedió, asintiendo orgullosamente—. Tu idea coincide con la mía. Pero ten en cuenta, Amira, que el mundo es muy grande. Puede darse el caso.

—Puede —asintió—. Pero no será más gente de la que podamos controlar, y para eso soy la comandante de la Guardia de Astaen Roh Dah. —Se dobló por la cintura y se dio la vuelta—. Si me disculpan, aún tengo cosas que hacer.

Nadie añadió nada más y Amira aprovechó la excusa para volver al exterior tan pronto como pudo para descender nuevamente los trescientos diecisiete escalones hasta el mercado.

Zigzagueó entre la gente y pagó tres raviles por una jugosa fruta que nunca había comido, un manjar dulzón y ligeramente ácido que la tendera había jurado provenía de alguna isla de Eg'd Aeron, pero ni recordaba el nombre de la fruta ni el de la isla.

Siguió en dirección a la escalera norte de la muralla y aprovechó el paseo para devorar con gusto su compra a la vez que la gente la saludaba con la mano. Aún le faltaban bastantes calles para llegar cuando empezó a escuchar demasiados gritos alterados. Se terminó el último trozo y echó a correr.

Un grupo de guardias a su mando salieron de callejones laterales descuidando su vigilancia y dieron con ella, cada uno haciendo gala de la misma cara de desconcierto.

—¿Qué coño pasa? —preguntó sin dejar de correr. Ni bajo aquel calor abrasador era capaz de sudar.

—No lo sabemos del todo, pero Wilhas dijo que debías volver a la muralla norte cuanto antes.

«Si Wilhas no es capaz de solucionarlo solo, es que debe pasar algo realmente jodido —pensó Amira entrecerrando los ojos. Sacó una cuerda del bolsillo de sus pantalones holgados y se ató con firmeza el pelo que le llegaba por sus oscuros hombros para que no le molestara. Lo hacía siempre que pasaba algo importante—. Mierda».

Recorrió las calles que le faltaban dando zancadas evitando a la confundida muchedumbre y subió las escaleras de la muralla tan rápido como pudo hasta la parte superior. Allí Wilhas la esperaba con el rostro cincelado de auténtica preocupación. Fue junto a él, y sin decir nada se asomó al borde de la almena que daba al exterior, a las dunas que se extendía hasta donde alcanzaba la vista, igual de pálidas que el reflejo del sol en un oasis. Antes de preguntar qué sucedía, Amira lo vio.

—Que el Dios Polvorientado nos asista —rogó Amira apretando el collar con forma de recipiente que siempre pendía de su cuello. Lo apretó tan fuerte que casi se hizo daño con los bordes.

—Y que nos defienda de esta calamidad —completó Wilhas.

A lo lejos, la tormenta de arena más colosal que jamás había visto avanzaba a una peligrosa velocidad en dirección a Astaen Roh Dah, amenazando con arrasarlo todo. Muchas veces las tormentas de arena no llegaban a sobrepasar la altura de las murallas, y cuando lo hacía, perdían tanta fuerza que apenas había daños. Pero esa vez era distinto. La gente debía encontrar refugio, y debía hacerlo cuanto antes.

—¡Toca el cuerno, Wilhas! ¡Tócalo ya! ¡Que los demás hagan lo mismo! —gritó Amira, sacudiéndolo para que se centrara—. No hay tiempo que perder. ¡Espabila! ¡Venga, joder!

Amira bajó los escalones de cuatro en cuatro, apoyándose en las estrechas paredes a modo de balancín. Oyó el rugido del cuerno negro de emergencias rebotar por todos lados, retumbando en cada muro, y de inmediato escuchó cómo todo el gentío corría en todas direcciones, lanzando gritos, llamando a sus familiares para ir juntos a refugiarse, peleando por pasar primero, todo ello mezclado en un griterío que no conocía la cualidad de la

armonía. Ahora mismo en Astaen Roh Dah no existía orden, pero no había tiempo para tenerlo: todo el mundo sabía que las tormentas de arenas eran demasiado peligrosas, tanto como para despegarte la carne de los huesos, y la que acababa de ver amenazaba con hacer mucho más de lo que se había visto jamás.

Debía llegar hasta el palacio de los Sepherd cuanto antes y con la multitud eso era impensable. Tenía que recurrir a su astucia.

Bajó las escaleras quién sabía por qué vez en aquel día hasta dar a la calle, con la muchedumbre frenética borboteando a su alrededor. Bordeó la Avenida Circular hasta dar con una trampilla un tanto cubierta de arena entre una plazoleta y un antiguo edificio mercantil abandonado, sujetó la argolla con ambas manos y tiró hasta que cedió lo suficiente para abrirla del todo. Se metió por el hueco, la cerró y acabó en una cavernosidad de piedra, un laberinto de alcantarillas usadas para evacuar las aguas residuales de la ciudad, otro de los grandes portentos arquitectónicos legados por sus ancestros.

Apestaba. Siempre había apestado, ahora y cuando era niña. Y no solo por su inconfundible e infecto aroma, sino porque había sido el origen de demasiadas desdichas. Pero no había tiempo para deleitarse con la fragancia ni para rememorar las tragedias del pasado. Recorrió el lugar a toda prisa, torciendo a la derecha o a la izquierda cuando había que hacerlo, y evitándolo cuando no.

Con cada paso dado sentía cómo se le iba constriñendo el pecho, y no era porque no supiera a dónde iba. Había jugado a escondidas con sus amigos demasiadas veces allí abajo, muchos otoños atrás, otoños buenos, y mayormente, dolorosos.

No.

Sin lugar a dudas no era no saber a dónde iba lo que la angustiaba, sino lo que estaba a punto de avecinarse. Mañana, cuando pasara la tempestad, sería un día duro para todos: ni siquiera ella podía defender a la gente de una tormenta de arena.

Subió más escaleras de las que había bajado para llegar hasta allí. Aquellos peldaños conducían a la entrada del palacio de los Sepherd, su casa, y ascendían casi a la misma altura de los trescientos diecisiete escalones, pero llegaban solo hasta las mazmorras.

Sintió un escalofrío, rápido y fugaz, que le heló la sangre en las venas. Se detuvo un instante, el mismo que sintió el tiempo congelarse a su alrededor. Logró tragar saliva y recuperó el ritmo.

Salió por una puerta de madera vieja y recorrió el amplio camino, con las celdas totalmente vacías —ya que ya no se encerraba allí a los criminales— hasta la salida. Recorrió la entrada, el sonido de sus pasos devuelto en el eco que rebotaba en los techos abovedados y llamó a su padre, pero solo obtuvo silencio. Miró a su alrededor tantas veces que sintió un mareo, sin encontrar a nadie.

Salió del palacio con el corazón en la boca, con la intención de preguntarle a los Guardias de los Sepherd dónde estaban sus tíos y su padre, temiendo encontrarse en plena tormenta de arena, pero el día volvía a estar en calma, y el cielo, despejado.

Pero lo que verdaderamente la asustó no fue no saber dónde estaba la tormenta que acababa de ver desde lo alto de la muralla, sino el silencio sepulcral que gobernaba ahora Astaen Roh Dah y las montañas de arena que cubrían calles y edificios sin distinción.

Solo había eso: silencio.

Y arena.

Y una absoluta soledad y sensación de muerte.